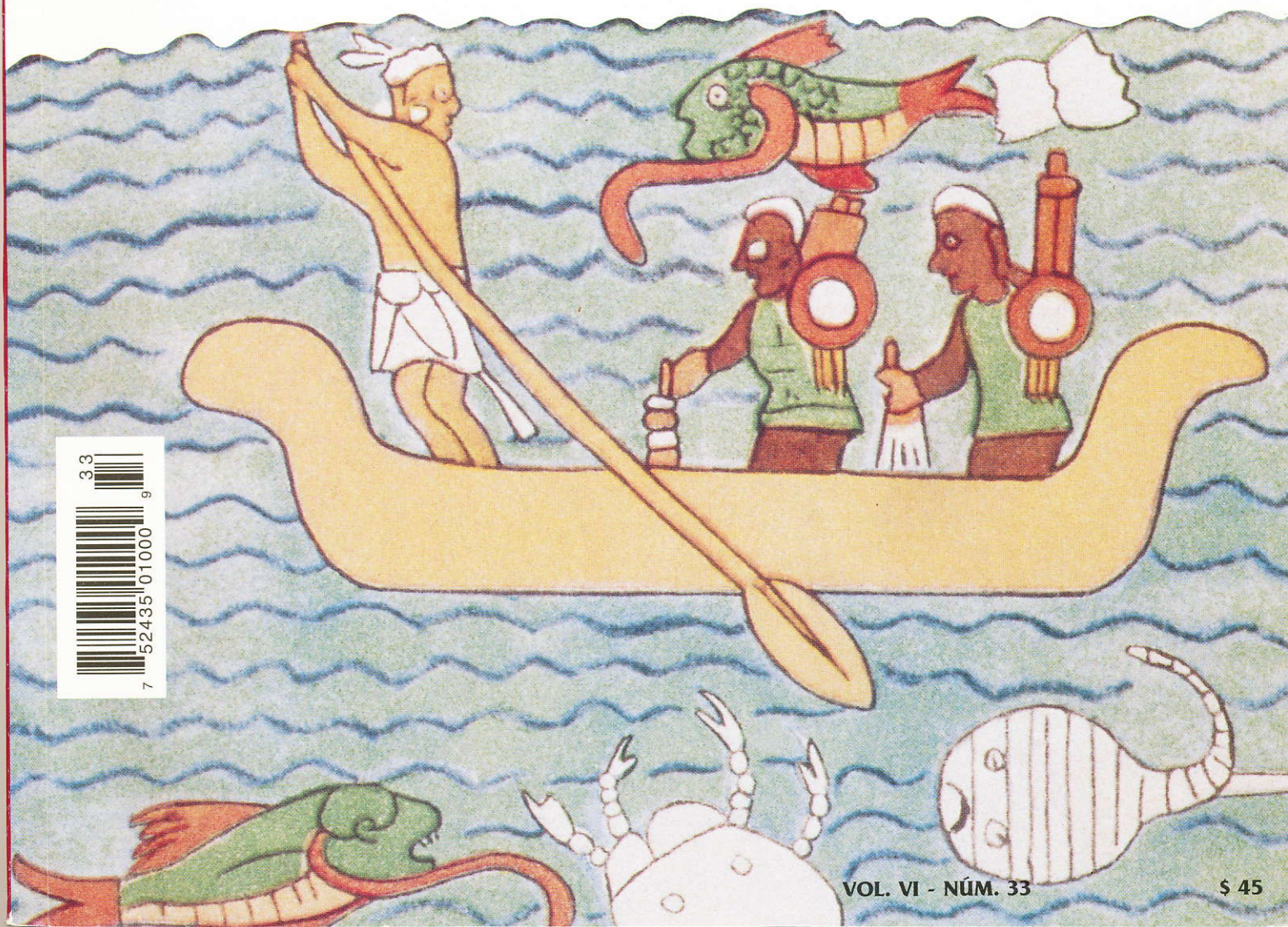


arqueología

MEXICANA

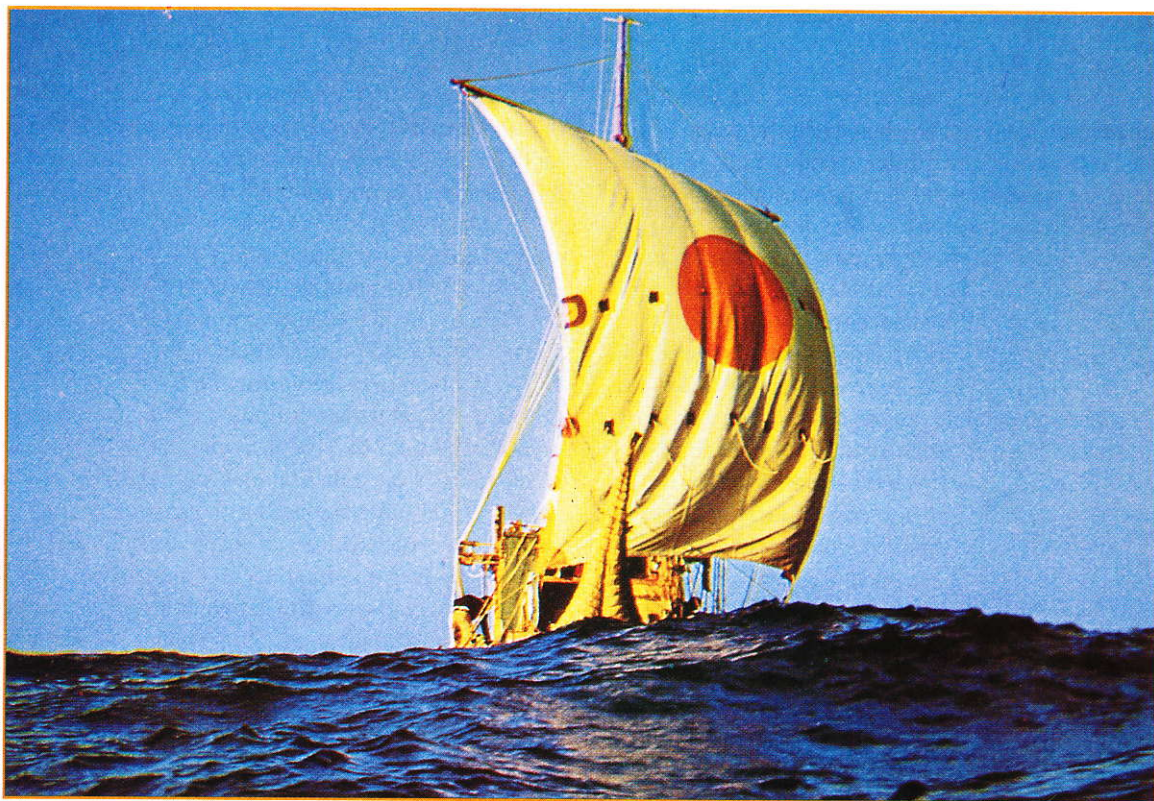
M.R.

LA NAVEGACIÓN ENTRE LOS MAYAS



Viajes transatlánticos antes de Colón

ROMEO H. HRISTOV, SANTIAGO GENOVÉS T.



REPROGRAFÍA. MARCO ANTONIO PACHECO / RAÍCES

1. La balsa RA 2 en el camino hacia América, en 1970.

En el arte mesoamericano aparecen efigies de personajes cuyos rasgos faciales han sido considerados diferentes a los de los pobladores de la región. A partir de ello, y apoyados en otros indicios –entre los que se encuentra la demostración de Santiago Genovés sobre la posibilidad de cruzar el Atlántico con la tecnología disponible en la antigüedad–, se planteó la necesidad de estudiar los posibles contactos transatlánticos, los cuales, en el caso de haberse dado, pudieron haber aportado algunos impulsos, si bien en gran medida inciertos y discutibles, en la vida política y religiosa de las sociedades precolombinas.

A lo largo del siglo XX el tema de los contactos precolombinos entre el Viejo y el Nuevo Mundos ha provocado más polémicas que cualquier otra materia de la antropología americana. No obstante, con excepción de las relaciones esporádicas de vikingos groenlandeses con esquimales de Terranova, que se dieron durante el siglo XI d. C., hasta la fecha ninguna otra hipótesis de contacto transoceánico precolombino ha obtenido una aceptación generalizada. También, en vez de disminuir, en este lapso se ha aumentado y asentado un considerable número de malentendidos sobre la escala y el significado de dichos contactos, malentendidos que transformaron este problema en un sinónimo proverbial de “la encarnación misma de la anticiencia”.

Son tres los factores básicos que han contribuido para llegar a tal situación. El primer factor es la falta, casi completa, de objetos del Viejo Mundo encontrados en contextos arqueológicos prehispánicos, sin alteraciones y con cronologías confiables, que pudieran evidenciar *de facto* la existencia de viajes interhemisféricos antes de 1492. Dicha ausencia contrasta de manera desconcertante con una extensa lista de similitudes culturales entre las altas civilizaciones de la América precolom-

bina y las de Eurasia, lo cual lleva a la mayoría de los antropólogos y arqueólogos a desconfiar de las ideas de intercambios culturales precolombinos y, en última instancia, a preferir los paradigmas del desarrollo convergente como la vía más factible para explicar las similitudes arriba mencionadas.

En segundo lugar, hay diversos factores ideológicos que intervienen, complican y, en ocasiones, imposibilitan las investigaciones relativas a contactos transoceánicos antes de Colón. Estos factores se derivan, por un lado, de la opinión ampliamente difundida de que los estudios sobre los contactos considerados y, especialmente, sobre las posibles influencias culturales que éstos implican, no son sino muestras de subestimación de las capacidades creativas del indígena americano e intentos de “robarle su patrimonio cultural”.

Las inconsistencias y parcialidades que tal enfoque presenta son obvias, si recordamos los importantes intercambios de plantas agrícolas (el maíz y el cacao) y técnicas metalúrgicas entre las civilizaciones precortesianas de Mesoamérica y Sudamérica, o las enormes deudas culturales de la Europa actual con Grecia y Roma, que nunca se han visto desde perspectivas semejantes.



2. Rutas atlánticas del Viejo Mundo hacia América: (1) ruta del Atlántico del norte, (2) ruta del Atlántico medio y (3) ruta del Atlántico del sur.

Sin embargo, y con toda la confusa lógica que dicha posición presenta, no faltan antropólogos y arqueólogos que sinceramente creen que oponerse a los estudios sobre las posibles interacciones precolombinas entre el Viejo y el Nuevo Mundo es un deber tanto profesional como ético. Por otro lado, el marco filosófico-metodológico "evolucionista" dentro del cual la antropología americana se ha desarrollado, sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo XIX hasta el presente, concede un lugar de muy poca importancia a las interacciones culturales como factor del cambio social, fenómenos a los cuales se les ha prestado sólo una mínima atención.

Por último, ha de admitirse que aparte de los estudios de eruditos como Paul Rivet, Gordon Ekholm, Paul Kirchhoff, José Alcina Franch y David Kelley, entre otros, hay una vasta cantidad de literatura diletante en la que el problema de los posibles contactos transoceánicos precolombinos viene entremezclado con referencias a secretos extraterrestres y migraciones desde continentes desaparecidos, lo cual aumenta sensiblemente el desagrado con que dicho tema se ve dentro de los círculos antropológicos profesionales.

En el presente ensayo se resumen cuatro cuestiones básicas relativas a los posibles contactos transatlánticos antes de Colón, a saber: 1) rutas y probabilidades de travesías atlánticas; 2) algunos datos arqueológicos mesoamericanos que apoyan las ideas de viajes precolombinos entre el Mediterráneo y Mesoamérica; 3) escala y tipo del impacto de dichos contactos, y 4) los contactos transoceánicos precolombinos y la antropología americana. Las primeras dos tratan exclusivamente el problema de los contactos precolombinos a través del Atlántico; la tercera y la cuarta cuestiones, aunque dirigidas principalmente al mismo problema, también tienen implicaciones más generales.

RUTAS Y PROBABILIDADES DE TRAVESÍAS ATLÁNTICAS

Existen tres posibles rutas atlánticas para llegar desde el Viejo Mundo hasta América (fig. 2), las cuales están determinadas por las corrientes y los vientos marítimos. La ruta del Atlántico del norte (ruta 1) es la de más fácil acceso, debido a la distancia relativamente corta y a las favorables corrientes oceánicas que circulan desde las costas este y sur de Groenlandia hasta Labrador y Terranova.

Algunos pasajes de las crónicas escandinavas nos informan que, entre los siglos XI y XIV d. C., colonos noruegos de Groenlandia llevaron a cabo cinco expediciones al Nuevo Mundo, la más famosa de las cuales fue la de Leif Erikson. El descubrimiento en los años sesenta de un asentamiento vikingo en L'Anse aux Meadows, Terranova, confirmó la historicidad de

por lo menos uno de dichos viajes, y hasta hoy constituye la única evidencia arqueológica irrefutable de viajes transoceánicos precolombinos. Las rutas del Atlántico medio (ruta 2) y del Atlántico del sur (ruta 3) son notablemente más largas que la del Atlántico del norte, pero en cambio presentan mejores condiciones climáticas. La ruta del Atlántico medio inicia con las corrientes de la zona de Gibraltar y la costa noroccidental

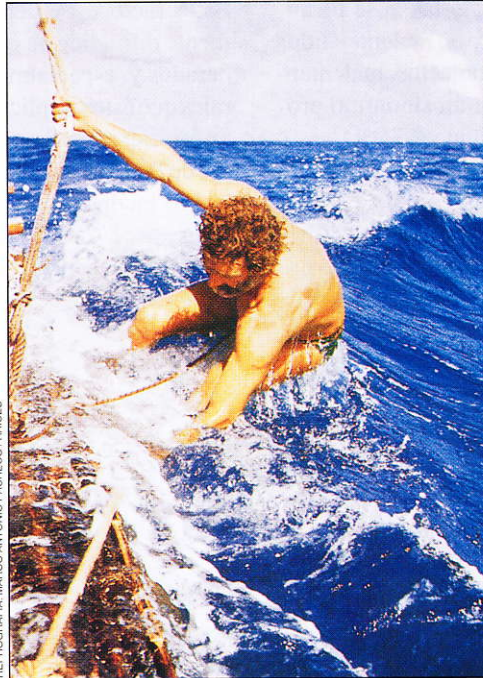
de África, y continúa luego con la corriente ecuatorial del norte hasta llegar a las Antillas y el golfo de México. La ruta del Atlántico sur coincide con la corriente ecuatorial del sur, es decir, se origina entre Madagascar y Sudáfrica, rodea la costa de Brasil para unirse después con la corriente ecuatorial del norte, y entra con ésta en el golfo de México.

¿Hasta qué época se remonta la navegación más allá del estrecho de Gibraltar y la posibilidad, al menos en teoría, de viajes transatlánticos? Los hallazgos de objetos de ámbar y estaño en varias tumbas neolíticas de Almería, España, permiten ubicar los primeros viajes entre los finales del tercero y los inicios del segundo milenios a. C., y desde esas fechas hasta la víspera del memorable viaje de Colón en el Atlántico ha existido una navegación sin interrupciones significativas.

Por razones diversas sobre las cuales podemos especular, pero no conocerlas por entero, en la tradición literaria antigua y medieval no se ha

encontrado ninguna referencia, explícita y suficientemente fidedigna, sobre contactos transatlánticos anteriores al siglo XV d. C. No obstante, en las fuentes históricas de los siglos XVI a XVIII d. C. se mencionan barcos arrastrados por las corrientes oceánicas desde las costas noroccidentales de África o las Canarias hasta América, y no hay razón para dudar que al menos tales viajes accidentales podrían haber ocurrido durante los más de tres milenios precedentes de navegación atlántica.

Ahora bien, un cruce del Atlántico es algo diferente de un paseo por el lago de Xochimilco o el delta del río Nilo, y probablemente una parte de los viajes realizados, planeados o accidentales, hubieran fracasado. Pero otra parte de ellos podrían haber tenido éxito, como lo sugieren las travesías atlánticas realizadas en los años cincuenta por el médico francés Alain Bombard, con un bote salvavidas, y por su colega alemán Hannes Lindemann, con una piragua africana hecha de un solo tronco de árbol. La prueba más persuasiva al respecto son, sin embargo, las expediciones transatlánticas RA 1 y RA 2 con balsas de papiro, construidas según modelos egipcios antiguos (figs. 1 y 3). Dichas expediciones se llevaron a cabo en 1969 y 1970 siguiendo la ruta del Atlántico medio, y demostraron que incluso un tipo de embarcación tan arcaica y rudimentaria como una balsa de papiro tiene por lo menos 50% de probabilidades de atravesar con éxito el Atlántico.



3. Santiago Genovés trabajando fuera de la borda de RA 1, en 1969.

EL MEDITERRÁNEO Y MESOAMÉRICA: ALGUNOS INDICIOS ARQUEOLÓGICOS DE CONTACTOS PREHISPÁNICOS

Como ya hemos señalado, la escasez —muy cercana a una ausencia completa— de hallazgos de objetos del Viejo Mundo en contextos arqueológicos precolombinos, ha sido y sigue siendo el aspecto más débil de las diversas hipótesis sobre comunicaciones transatlánticas y transpacíficas anteriores a los viajes de Colón. En 1995 el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt) aprobó un apoyo financiero que permitió a Santiago Genovés y Romeo Hristov concluir la reexaminación de una cabecita de terracota de supuesto origen romano, encontrada en la zona arqueológica de Tecáxic-Calixtlahuaca, México. Asimismo, se ha elaborado un archivo fotográfico con más de 200 representaciones mesoamericanas de personajes con rasgos aparentemente “caucasoides” o “negroides” que sugieren, en ocasiones con gran probabilidad, la existencia de viajes transatlánticos precolombinos. Más adelante ofrecemos una síntesis de los resultados de ambas investigaciones.

LA CABECITA ROMANA DE TECÁXIC-CALIXTLAHUACA

Se trata de una cabecita masculina de terracota (fig. 4) que, de acuerdo con el reporte del arqueólogo José García Payón, fue descubierta en el año 1933, durante unos trabajos de consolidación y excavación en la zona arqueológica de Tecáxic-Calixtlahuaca, México (fig. 5). La pieza estaba dentro de una ofrenda funeraria, entre varios objetos prehispánicos de barro cocido, hueso, cristal de roca, turquesa, cobre y oro. Cabe mencionar también que tanto la ofrenda misma, ubicada debajo de tres pisos intactos de una estructura piramidal, como los objetos de oro que se hallaron, hacían insostenible cualquier sospecha de alteraciones del contexto precolombino que hubieran podido llevarse a cabo durante la época colonial.

El primer comentario sobre la posible importancia del hallazgo lo hizo en 1959 el etnólogo austriaco Robert von Heine-Geldern. Un año después, Ernst Boehringer, un prestigioso

arqueólogo clásico y en aquel entonces presidente del Instituto Alemán de Arqueología, sugirió que la cabecita es de origen romano y que fue manufacturada entre los siglos II y III d. C. Sin embargo, el resto de los objetos de la ofrenda fueron fechados, con base en la cerámica asociada, como pertenecientes a la época Azteca-Matlaltzinca (1476-1510 d. C.), y esta discrepancia cronológica dio lugar a ciertas sospechas acerca del origen y la autenticidad de la figurilla.

En consecuencia, la cabecita no pudo obtener aceptación generalizada como evidencia de contactos transoceánicos precolombinos en el XXXIV Congreso Internacional de Americanistas (Viena, 1960), donde fue presentada y discutida.

En el año de 1995, el Laboratorio de Arqueometría de Heidelberg, Alemania, llevó a cabo un análisis de la pieza por medio de la termoluminiscencia y estableció como límites cronológicos de su manufactura los siglos II a. C.-VI d. C. (muestra K-717). Los análisis estilísticos complementarios realizados por especialistas en arte romano del Museo Vaticano, del Museo Británico y del Museo Metropolitano de Arte de Nueva York, también apoyan la hipótesis del origen romano de la figura. La revisión del sitio donde se efectuó el hallazgo y de las notas de campo del arqueólogo José García Payón no ha revelado indicios de posibles alteraciones del contexto y, por ende, de intrusión colonial de la figurilla.

Por otro lado, en las últimas tres décadas han sido publicadas varias referencias sobre el reuso de pequeños artefactos olmecas durante los periodos Clásico y Posclásico, las cuales hacen bastante verosímil la aparición de un objeto de los siglos II-III d. C. en asociación con otros del siglo XV d. C. Especialmente sugerente en este sentido es el descubrimiento de una mascarita olmeca de mediados del primer milenio a. C., en una ofrenda funeraria del Templo Mayor de México-Tenochtitlan fechada en las últimas décadas del siglo XV d. C.

Por último, el descubrimiento reciente de un asentamiento romano de los siglos I a. C.-III d. C. en la isla de Lanzarote, una de las Canarias, permite relacionar el hallazgo romano de México con algún viaje transatlántico ocurrido durante el periodo de referencia.



4. La cabecita romana de Tecáxic-Calixtlahuaca.

FOTO: ROMEO H. HRISTOV



5. Procedencia de algunas representaciones con rasgos que indican posibles contactos transoceánicos.

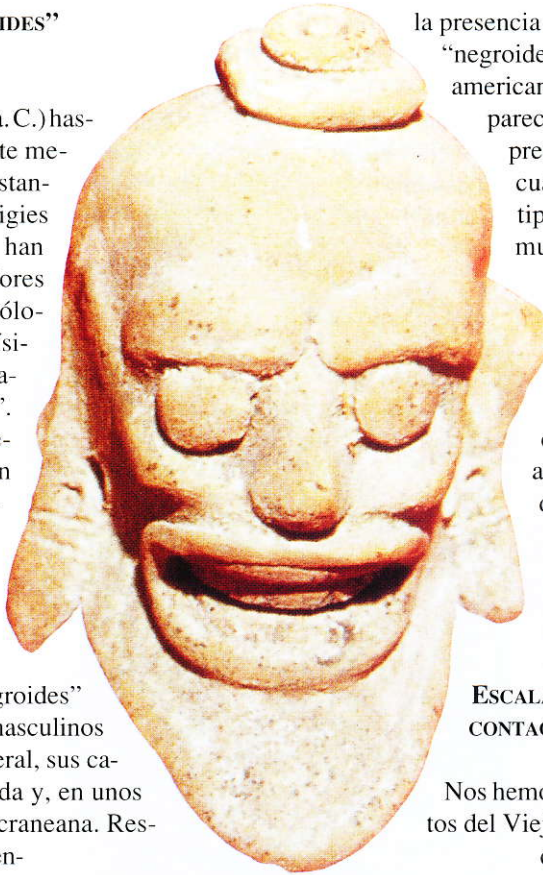
PERSONAJES CON RASGOS “CAUCASOIDES” Y “NEGROIDES”

Desde el Preclásico Medio (1300-800 a. C.) hasta la víspera de la Conquista, en el arte mesoamericano aparecen de manera constante, aunque no muy frecuentemente, efigies de personajes cuyos rasgos faciales han sido definidos por algunos historiadores del arte (Miguel Covarrubias), arqueólogos (Ignacio Bernal) y antropólogos físicos (Andzej Wiercinski) como “caucasoides” o “semíticos” y “negroides”. Las representaciones del tipo racial definido como “caucasoides” se restringen sólo a personajes masculinos que tienen cabezas alargadas, narices finas de forma aguileña y labios delgados, además de que usualmente llevan barbas puntiagudas, que en ocasiones parecen postizas (figs. 6 y 7).

Entre las efigies de personajes “negroides” podemos distinguir tanto individuos masculinos como femeninos (figs. 8 y 9). En general, sus cabezas son de forma redonda o alargada y, en unos pocos casos, presentan deformación craneana. Respecto a sus rasgos faciales, llaman la atención en particular el pelo rizado, la nariz ancha, de fosas nasales redondas, y la boca grande y de labios gruesos. La mayor parte de estas efigies muestra un gran cuidado en los detalles, lo cual hace suponer que se trata de retratos de personajes reales y, desde luego, conocidos por los artistas americanos antiguos.

Las efigies en consideración difieren notablemente de los fenotipos del indígena americano, conocidos por los retratos plásticos y pictóricos precolombinos y por las descripciones de los primeros cronistas de las Indias Occidentales, pero tienen sus contrapartes muy similares entre los pueblos y el arte mediterráneos. En forma tentativa estas incongruencias artísticas pueden ser explicadas de dos maneras: 1) como representaciones de individuos indígenas cuyos rasgos faciales se deben a derivaciones genéticas y/o influencias medioambientales, y 2) como testimonios arqueológico-artísticos de previas comunicaciones transatlánticas entre las civilizaciones mediterráneas y mesoamericanas.

El primer enfoque alternativo se apoya en los estudios de antropólogos físicos como Juan Comas, Santiago Genovés y Andzej Wiercinski, que han demostrado



6. Cabecita de terracota que representa un personaje masculino con rasgos “caucasoides”.

FOTO: ROMEO H. HRISTOV



7. Estela 3 de La Venta. El renombrado arqueólogo Ignacio Bernal describe la cara del personaje principal en el sector izquierdo como “el famoso rostro de rasgos ‘semíticos’, que hace suponer que se trata de un visitante extranjero y distinguido”.

FOTO: ROMEO H. HRISTOV

la presencia de elementos raciales “caucasoides” y “negroides” entre las antiguas poblaciones mesoamericanas, y para algunos casos tal explicación parece la más convincente. Sin embargo, sus presupuestos explicativos se ven rebasados cuando las similitudes abarcan no sólo el tipo físico, sino también ciertos detalles muy particulares del tocado o el vestido.

Tal es, por ejemplo, el caso del pelo enredado en pequeñas trenzas del personaje “negroide” de la figura 9, que es un rasgo muy distintivo de la población autóctona del África noroccidental. Ésta y otras piezas parecidas apuntan hacia la aceptación de la segunda alternativa como una explicación más viable, o sea, que durante la época precolombina se dieron algunas comunicaciones esporádicas entre las civilizaciones mediterráneas y mesoamericanas.

ESCALA Y TIPO DE IMPACTO DE LOS CONTACTOS TRANSOCEÁNICOS PRECOLOMBINOS

Nos hemos referido a la extrema escasez de objetos del Viejo Mundo descubiertos en contextos arqueológicos prehispánicos y al bajo índice de fiabilidad que la misma comporta para la mayoría de las hipótesis referentes a posibles contactos transoceánicos precolombinos. Pero dicha escasez también es un indicio inequívoco de que si hubo tales contactos, se trató de casos más bien excepcionales. Además, los inmigrantes del Viejo Mundo fueron poco numerosos; por consiguiente, no podían haber tenido ningún impacto biológico importante sobre la población indígena ya establecida.

Asimismo, las diferencias—tanto tecnológicas, lingüísticas y religiosas como en plantas agrícolas y animales domésticos, entre otras— que se observan entre las antiguas civilizaciones euroasiáticas y las americanas son tan fundamentales como obvias para un observador sin prejuicios, y hacen insostenible cualquier idea de intercambios culturales de gran escala antes del año 1492. Sin embargo, esto tampoco significa que debemos rechazar *a priori* toda posibilidad de influencias transoceánicas en el surgimiento de ciertos rasgos culturales de alta complejidad que comparten las civilizaciones del Viejo Mundo y la América precolombina, por ejemplo: la construcción de pirámides como templos y/o



8. Cabecita de terracota que representa un personaje femenino con rasgos "negroides".

FOTO: ROMEO H. HRISTOV



9. Máscara de terracota que representa el rostro de un personaje masculino con rasgos "negroides".

FOTO: ROMEO H. HRISTOV

tumbas reales, la orientación de recintos sagrados de acuerdo con las direcciones geográficas cardinales y el sacrificio infantil a algunas deidades, entre otros.

LOS CONTACTOS TRANSOCEÁNICOS PRECOLOMBINOS Y LA ANTROPOLOGÍA AMERICANA

Después de todos los comentarios precedentes, ¿qué significado tienen los estudios sobre los posibles contactos transatlánticos –y transoceánicos en general– precolombinos, desde el punto de vista de la antropología americana? Sin atribuirles más valor del que realmente tienen, parece que esos contactos, si se dieron, pudieron haber aportado algunos impulsos, en gran medida inciertos y discutibles, en la vida política y religiosa de las sociedades precolombinas, los cuales aún esperan un estudio concienzudo e imparcial. La importancia de las investigaciones en este campo estriba también en lo que podemos llamar una "visión retrospectiva de la antropología americana".

Con dicha expresión nos referimos a la revisión de elementos racionales en ciertas hipótesis de los siglos XVI-XIX que pretendían explicar el poblamiento de América y el surgimiento de las altas civilizaciones precortesianas como consecuencia de migraciones, vía marítima, desde el Viejo Mundo. Por último, cabe recordar que las naciones americanas modernas son el resultado de una simbiosis biológica y cultural entre las sociedades del Viejo Mundo y las de la América prehispánica, y la búsqueda de los inicios de este proceso, no obstante lo poco significativos que parecen haber sido, no es un ejercicio antropológico del todo carente de sentido. 📖

• Romeo H. Hristov. Licenciado en arqueología por la ENAH. Realiza estudios de doctorado en el Departamento de Prehistoria, Historia Antigua y Arqueología de la Universidad de Salamanca, España. Miembro del proyecto: Registro y fechamiento de las posibles evidencias arqueológicas de Mesoamérica, relativas a contactos transatlánticos precolombinos (Conacyt-IIA).

• Santiago Genovés T. Doctor en antropología por la Universidad de Cambridge, Inglaterra. Investigador emérito del Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM. Responsable del proyecto: Registro y fechamiento de las posibles evidencias arqueológicas de Mesoamérica, relativas a contactos transatlánticos precolombinos (Conacyt-IIA).

Para leer más...

GARCÍA PAYÓN, José, "Una cabecita de barro de extraña fisonomía", *Boletín INAH*, núm. 6, 1961, pp. 1-2.

GENOVÉS, Santiago, RA. *Una balsa de papiro a través del Atlántico*, IIA, UNAM, México, 1990.

HEYERDAHL, Thor, *Early Man and the Ocean*, George Allen & Unwin, Londres, 1978.

RILEY, Carol, *et al.* (eds.), *Man across the Sea*, University of Texas Press, Austin, 1971.

SORENSEN, John, y Martin Raish, *Pre-Columbian Contacts with the America across the Oceans. An Annotated Bibliography*, vols.1 y 2, Research Press, Provo, Utah, 1996.